

Todos Los Santos B/2015

Hoy quiero compartir con ustedes algunos pensamientos que escribí hace diez años en la Solemnidad de los Santos. Quiero en particular referirme a la experiencia humana, porque estoy convencido que en ella, encontramos unos puntos en común y una lengua en común que puede aclarar las luchas de nuestra vida diaria.

De hecho, en cada uno de nosotros hay un deseo profundo de ser feliz, un anhelo por sentir alegría, una aspiración por el bienestar corporal, la prosperidad en nuestra familia y el éxito en nuestro trabajo y tareas. En verdad, ninguno de nosotros desea la desgracia para sí mismo o si misma. Decir lo contrario sería una mentira barata.

Cuando algunas personas evalúan su vida, dicen fácilmente que Dios les ha bendecido desde muchos puntos de vista, en sus carreras y con sus hijos, en su salud y en sus relaciones. De hecho, lo que quieren decir con esto es que atestiguan que en verdad sus deseos y aspiraciones han sido cumplidos, que son felices en su vida.

Sin embargo, sabemos por experiencia que aun si las aspiraciones y los deseos humanos pueden ser alcanzados, esto no evita que experimentemos insatisfacción, frustraciones o desilusión. Esto pasa cuando hay un problema de salud, un fracaso en el matrimonio, una pérdida de trabajo, una relación difícil o un obstáculo en la realización de nuestros proyectos de vida. Tales experiencias de penuria nos enseñan que mientras estamos todavía en la tierra nuestra felicidad nunca será totalmente completa ni perfecta.

En este contexto, la celebración de Todos los Santos nos recuerda que las aspiraciones insatisfechas de la vida humana encontrarán un día un final feliz en Dios. Todas nuestras luchas y batallas, todos los obstáculos y fracasos de nuestra vida serán vencidos. Dios dará una solución definitiva a todos nuestros problemas; él dará la salvación a todos los que sean capaces de luchar y permanecerle fieles.

De hecho, los que son recompensados, como hemos escuchado en la primera lectura, no son los perezosos o los que han pasado su vida escapando del campo de batalla de esta vida, sino los que han luchado y han sobrevivido el tiempo de aflicción. Lucharon hasta compartir su sangre, pero como entraron en lucha con el mal a causa del reino de Dios, el Cordero de Dios ha lavado sus mantos y los ha blanqueado con su propia sangre. Aquellos a quienes se les ha prometido tal honor de colocarse frente al trono del Cordero de Dios son personas de cada nación, raza, lengua y color.

Por eso, no estamos solos en nuestra procesión hacia el trono del Cordero. No estamos solos en la batalla en la cual estamos comprometidos por Jesucristo y su reino. Un número innumerable de gente en todas partes del mundo entero está comprometida a la misma causa que nosotros.

Hoy de un modo anticipado se despliega ante nosotros la verdad de lo que haremos al final de nuestra vida, es decir, seremos capaces de ver a Dios cara a cara. Ese día será obvio que seremos los niños de Dios, que nuestra fe no fue en vano. Hoy es revelado ante de la faz de la tierra cual será el destino de todos los cristianos.

Cada uno teniendo esta esperanza y muchas ganas de ver a Dios debería preocuparse por hacerse puro, guardándose de todo lo que destruye la vida de Dios en él. Es sólo de este manera que la felicidad que Dios nos ha preparado desde toda la eternidad será

nuestra. Es entonces, cuando nos parezcamos a él, que seremos capaces de verlo como él es.

La felicidad a la cual somos llamados no es sólo algo que está por llegar, es el resultado de un proceso que hemos comenzado ya, ahora mismo. La felicidad que esperamos es un viaje que hemos comenzado ya aquí en la tierra por nuestra aceptación de Jesucristo y nuestra obediencia a su palabra. Cada vez que nos esforzamos en vivir en la pobreza espiritual, aumentamos el reino de los cielos en donde Dios enriquecerá a todos los que pusieron su éxito terrenal a los pies del Cordero. Cada vez que nos afligimos por causa de Dios, estamos seguros de que seremos consolados, porque nuestro Dios es quién borrará cada lágrima de la cara de los amados por él.

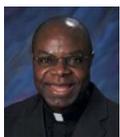
Cada vez que trabajamos en nosotros y en nuestro carácter a fin de hacernos mansos, suaves y amables, preparamos nuestra herencia, porque sólo los que son puros estarán cerca de Dios. Cada vez que gastamos nuestra energía en trabajar para la justicia y la paz entre las familias, los pueblos y las naciones, aumentamos el reino de Dios, porque cada deseo verdadero por el bien es un regalo de Dios. Cada vez, que olvidando daños y heridas, perdonamos los actos injustos cometidos con nosotros, preparamos la bendición de Dios sobre nosotros, porque sólo los que son misericordiosos recibirán la misericordia de Dios.

La Solemnidad de Todos los Santos es la celebración de todos los que han tratado con fuerza cada día y en cada acción de vivir el Evangelio de amar a Dios y sus hermanos y hermanas. La fiesta de Todos los Santos no es la celebración de héroes, sino la de la gente ordinaria, como usted y como yo, que han vencido las dificultades de la vida con fidelidad a Dios y a sus hermanos y hermanas.

Los santos son nuestros modelos a imitar. Nos recuerdan que cada dolor que aceptamos en nombre del Señor Jesús será recompensado. Nos recuerdan también que sólo los que perseveran en su fe a pesar de las privaciones y las dificultades de la vida recibirán su recompensa. Los santos vienen de todos los horizontes de la vida. Entre ellos están sacerdotes, religiosos, legos, padres y madres de familias, la gente casada y la gente no casada, niños, jóvenes y adultos, canonizados y no canonizados, etc. Todos ellos están en la presencia del trono del Cordero de Dios, elogiándolo y contemplando su cara, día y noche. Ellos interceden por nosotros ante el trono del Cordero de Dios. Ellos son la parte invisible de la Iglesia y nosotros somos la parte visible.

Hacernos santos es nuestra vocación y nuestro deber. Celebrar todos los santos es recordar nuestro deber como cristianos y nuestra vocación como discípulos de Jesús. Pidámosles nos ayuden a ser fieles a las promesas de nuestro bautismo. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Apocalipsis 7, 2-4. 9-14; 1 San Juan 3, 1-3; Mateo 5, 1-12a



Fecha de la Homilía: el 1 de Noviembre 2015
© 2015 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20151101homilia.pdf